

CAPITULO II.



Diré que su frente brilla
mas que nieve en valle oscuro:
diré su bondad sencilla,
y el carmin de su mejilla
como su inocencia puro.

GALLEGO.

¡Que hermosa noche! acércate, Teresa, no te encanta respirar una brisa tan refrigerante? — Para tí debe ser mas hermosa la noche y las brisas mas puras: para tí que eres feliz. Desde esta ventana ves á tu buen padre adornar por sí mismo con ramas y flores las ventanias de esta casa: este dia en que tanto has llorado debe ser para tí de

placer y regocijo. Hija adorada, ama querida, esposa futura del amante de tu elección, qué puede afligirte, Carlota? tu ves en esta noche tan bella la precursora de un día mas bello aun: del día en que verás aquí á tu Enrique. ¿Como llorás pues?... Hermosa, rica, querida... no eres tu la que debes llorar.

Es cierto que soy dichosa, amiga mia, pero cómo pudiera volver á ver sin profunda melancolía estos sitios que encierran para mi tantos recuerdos? La última vez que habitamos en este ingenio gozaba yo la compañía de la mas tierna de las madres. También era madre tuya, Teresa, pues como tal te amaba: aquella alma era toda ternura!... cuatro años han corrido despues de que habitó con nosotras esta casa. Aquí lucieron para ella los últimos días de felicidad y de vida. Pocos transcurrieron desde que dejamos esta hacienda y volvimos á la ciudad, cuando la atadó la mortal dolencia que la condujo prematuramente al sepulcro. ¿Cómo fuera posible que al volver á estos sitios, que no habia visto desde en-

tonces, no sintiese el influjo de memorias tan caras? —Tienes razon, Carlota, ambas debemos llorar eternamente una pérdida que nos privó, á tí de la mejor de las madres, á mi pobre huérfana desvalida de mi única protectora.

Un largo intervalo de silencio sucedió á este corto diálogo, y nos aprovecháremos de él para dar á conocer á nuestros lectores las dos señoritas cuya conversacion acabamos de referir con escrupulosa esactitud, y el local en que se verificó la mencionada conversacion.

Era una pequeña sala baja y cuadrada, que se comunicaba por una puerta de madera pintada de verde oscuro, con la sala principal de la casa. Tenia ademas una ventana rasgada casi desde el nivel del suelo, que se elevaba hasta la altura de un hombre, con antepecho de madera formando una media luna hácia fuera, y compuertas tambien de madera, pero que á la sazón estaban abiertas para que refrescase la estancia la brisa apacible de la noche.

Los muebles que adornaban esta habita-

cion eran muy sencillos pero elegantes, y veíanse hácia el fondo, uno junto á otro, dos catres de lienzo de los que se usan comunmente en todos los pueblos de la isla de Cuba durante los meses mas calurosos. Una especie de lecho flotante, conocido con el nombre de hamáca, pendia oblicuamente de una esquina á la otra de la estancia, convidando con sus blandas undulaciones al adormecimiento que produce el calor excesivo.

Ninguna luz artificial se veia en la habitacion alumbrada únicamente por la claridad de la luna, que penetraba por la ventana. Junto á esta y frente una de otra estaban las dos señoritas sentadas en dos anchas poltronas, conocidas con el nombre de butácas. Nuestros lectores hubieran conocido desde luego á la tierna Carlota en las dulces lágrimas que tributaba todavia á la memoria de su madre muerta hacia cuatro años. Su hermosa y pura frente descansaba en una de sus manos, apoyando el brazo en el antepecho de la ventana; y sus cabellos castaños divididos en dos mitades iguales, caian formando multitud de rizos en

torno de un rostro de diez y siete años. Examinado escrupulosamente á la luz del día aquel rostro, acaso no hubiera presentado un modelo de perfeccion; pero el conjunto de sus delicadas facciones, y la mirada llena de alma de dos grandes y hermosos ojos pardos, daban á su fisonomía, alumbrada por la luna, un no sé qué de angélico y penetrante imposible de describir. Aumentaba lo ideal de aquella linda figura un vestido blanquísimo que señalaba los contornos de su talle esbelto y gracioso, y no obstante hallarse sentada, echábase de ver que era de elevada estatura y admirables proporciones.

La figura que se notaba frente á ella presentaba un cierto contraste. Joven todavía, pero privada de las gracias de la juventud, Teresa tenía una de aquellas fisonomías insignificantes que nada dicen al corazón. Sus facciones nada ofrecían de repugnante, pero tampoco nada de atractivo. Nadie la llamaría fea después de examinarla; nadie empero la creería hermosa al verla por primera vez, y aquel rostro,

sin espresion, parecia tan impropio para inspirar el odio como el amor. Sus ojos de un verde oscuro bajo dos cejas rectas y compactas, tenian un mirar frio y seco que carecia igualmente del encanto de la tristeza y de la gracia de la alegria. Bien riése Teresa, bien llorase, aquellos ojos eran siempre los mismos. Su risa y su llanto parecian un efecto del arte en una máquina, y ninguna de sus facciones participaba de aquella conmocion. Sin embargo, tal vez cuando una gran pasion ó un fuerte sacudimiento hacian salir de su letargo á aquella alma apática, entonces era pasmosa la espresion repentina de los ojos de Teresa. Rápida era su mirada, fujitiva su espresion pero viva, enérgica, elocuente: y cuando volvian aquellos ojos á su habitual nulidad, admirábase el que los veia de que fuesen capaces de un language tan terrible.

Hija natural de un pariente lejano de la esposa de D. Carlos, perdió á su madre al nacer, y habia vivido con su padre hombre libertino que la abandonó enteramente al orgullo y la dureza de una madrastra que

la aborrecia. Así fué desde su nacimiento oprimida con el peso de la desventura, y cuando por muerte de su padre fué recogida por la señora de B... y su esposo, ni el cariño que halló en esta feliz pareja, ni la tierna amistad que la dispensó Carlota fueron ya suficientes á despojar á su carácter de la rigidez y austeridad que en la desgracia habia adquirido. Su altivez natural constantemente herida por su nacimiento, y escasa fortuna que la constituia en una eterna dependencia, habian agriado insensiblemente su alma, y á fuerza de ejercitar su sensibilidad parecia haberla agotado. Ocho años hacia, en la época en que comienza nuestra historia, que se hallaba Teresa bajo la proteccion del señor de B... único pariente en quien habia encontrado afecto y compasion, y aunque fuese este tiempo el que pudiera señalar por el mas dichoso de su vida, no habia estado exento para ella de grandes mortificaciones. El destino parecia haberla colocado junto á Carlota para hacerla conocer, por medio de un triste cotejo, toda la inferioridad y desgracia de su

posicion. Al lado de una jóven bella, rica, feliz, que gozaba el cariño de unos padres idolatras, que era el orgullo de toda una familia, y que se veia sin cesar rodeada de obsequios y alabanzas, Teresa humillada, y devorando en silencio su mortificacion, habia aprendido á disimular, haciéndose cada vez mas fria y reservada. Al verla siempre seria é impasible se podia creer que su alma imprimia sobre su rostro aquella helada tranquilidad, que á veces se asemeja á la estupidez; y sin embargo aquella alma no era incapaz de grandes pasiones, mejor diré, era formada para sentirlas. Pero ¿cuales son los ojos bastante perspicaces para leer en una alma cubierta con la dura corteza que forman las largas desventuras? En un rostro frio y severo muchas veces descubrimos la señal de la insensibilidad, y casi nunca adivinamos que es la máscara que cubre al infortunio.

Carlota amaba á Teresa como á una hermana, y acostumbrada ya á la sequedad y reserva de su carácter, no se ofendió nunca de no ver correspondida

dignamente su afectuosa amistad. Viva; ingenua é impresionable apenas podía comprender aquel carácter triste y profundo de Teresa; su energía en el sufrimiento y su constancia en la apatía. Carlota aunque dotada de maravilloso talento había concluido por creer, como todos, que su amiga era uno de aquellos seres buenos y pacíficos, fríos y apáticos, incapaces de crímenes como de grandes virtudes, y á los cuales no debe pedírseles mas de aquello que dan, porque es escaso el tesoro de su corazón. En un momento, al ver á la inmóvil Teresa, enfrente de su amiga estremecióse de repente con un movimiento convulsivo. Oigo, dijo, el galope de un caballo: sin duda es tu Enrique. Levantó su linda cabeza Carlota de B... y un leve matiz de rosa se extendió por sus mejillas. En efecto, dijo, oigo galopar; pero Enrique no debe llegar hasta mañana como antes fue el día señalado para su vuelta de Guanaja. Sin embargo, puede haber querido anticiparlo... Ah! si, él está... ya oigo su voz que saluda á papá. Teresa,

tienes razon, añadió echando su brazo izquierdo al cuello de su prima mientras enjugaba con la otra la última lágrima que se deslizaba por su mejilla; tienes razon en decirlo..... ¡soy muy dichosa!

Teresa, que se habia puesto en pie y miraba atentamente por la ventana, volvió á sentarse con lentitud: su rostro recobró su helada y casi estúpida inmovilidad, y pronunció entre dientes. Si, eres muy dichosa!

No lloraba ya Carlota: los penetrantes recuerdos de una madre querida se desvanecieron á la presencia de un amante adorado. Junto á Enrique nada vé mas que á él. El universo entero es para ella aquel reducido espacio donde mira á su amante: porque ama Carlota con todas las ilusiones de un primer amor, con la confianza y abandono de la primera juventud y con la vehemencia de un corazón formado bajo el cielo de los Trópicos.

Tres meses habian corrido desde que se trató su casamiento con Enrique Otway, y en ellos diariamente habian sido pronunciados los juramentos de un eterno cariño:

juramentos que eran para su corazón tierno y virginal tan santos é inviolables como si hubiesen sido consagrados por las mas augustas ceremonias. Ninguna duda, ningun asomo de desconfianza habia emponzoñado un afecto tan puro, porque cuando amamos por primera vez hacemos un Dios del objeto que nos cautiva: La imaginacion le prodiga ideales perfecciones, el corazón se entrega sin temor y no sospechamos ni remotamente que el ídolo que adoramos puede convertirse en el ser real y positivo, que la experiencia y el desengaño nos presentan con harta prontitud, desnudo del brillante ropage de nuestras ilusiones.

Aun no habia llegado para la sensible Isleña esta época dolorosa de una primera desilusion: aun veia á su amante por el encantado prisma de la inocencia y del amor, y todo en él era bello, grande y sublime.

¿Merecia Enrique Otway una pasión tan hermosa? Participaba de aquel divino entusiasmo que hace soñar un cielo en la tierra? Comprendia su alma á aquella al-

ma apasionada de la que era señor? Lo ignoramos: los acontecimientos nos lo dirán en breve y fijarán en este punto la opinión de nuestros lectores. No queriendo anticiparles nada nos limitaremos por ahora á darles algun conocimiento de las personas que figuran en esta historia, y de los acontecimientos que precedieron á la época en que comenzamos á referirla.

En la primera parte de esta historia, que se publica en este momento, se refieren los acontecimientos que precedieron á la época en que comenzamos á referirla. En la segunda parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la tercera parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la cuarta parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la quinta parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la sexta parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la séptima parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la octava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la novena parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la décima parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época.

En la undécima parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la duodécima parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la treceava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la catorceava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la quinceava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la dieciséava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la dieciséava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la dieciochoava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la diecinueava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época. En la veinteava parte se refieren los acontecimientos que sucedieron en esta época.